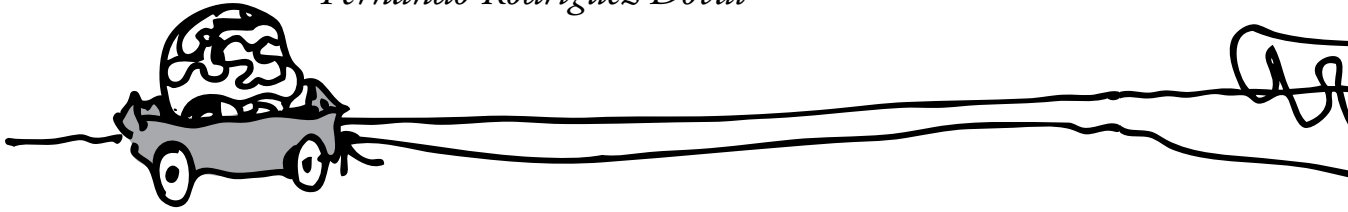


La política, más allá de las ideologías

Fernando Rodríguez Doval



La trampa ideológica

El siglo XX ha sido considerado como el siglo de las ideologías, como el período en el que la política estuvo casi enteramente al servicio de ellas. La polarización que se derivó de esta situación ocasionó conflictos bélicos, sociedades divididas y un posterior repulso a todo lo que tuviera que ver con la razón.

Las ideologías, entendidas como “ideas desrealizadas que oscilan entre la utopía y la panacea”,¹ o como “el conjunto de ideas que han dejado de ser pensadas”,² surgen en la Ilustración y son hijas de la modernidad, cuya raíz es una concepción inmanentista de la actividad humana, a la que busca liberar de toda referencia a una realidad trascendente y a

la noción de que algo ajeno a este mundo y al hombre está detrás de los fenómenos. Las ideologías son, de esta forma, teorías autorreferenciadas y completas que explican y justifican todo cuanto existe y sucede. Se constituyen como fundamentos unívocos y modelos cerrados que se proclaman como verdaderos.³

Ideología no es lo mismo que doctrina, o que un orden de principios de la conducta política, tan necesarios y deseables. En muchos casos, la ideología tiene un fuerte componente mítico que, por su misma definición, se contrapone a las ideas que surgen de la reflexión y el razonamiento. Esto lo podemos apreciar con claridad, valga el ejemplo, en las ideologías

nacionalistas o etnicistas: existe un mito fundador de una determinada comunidad o nación que se extiende hasta nuestros días y construye una utopía o paraíso futuro en torno a él. En varias ocasiones, las ideologías deambulan entre la nostalgia, es decir, la apelación a algo que ya fue y no volverá a ser, y la melancolía, o sea, algo que nunca fue pero pudo haber sido.⁴

La ideología ciega o, peor aún, impone unos pesados anteojos que miran toda la realidad desde su distorsión, ofreciendo una explicación sesgada a todo cuanto existe y sucede. Utilizando la terminología de los estudiosos de la opinión pública, podríamos decir que la ideología funciona como un atajo informativo que ahorra la necesidad de pensar e indagar demasiado.⁵ Como bien señaló Imre Kertész, la ideología ofrece seguri-

¹ Gonzalo Fernández de la Mora, *El Crepúsculo de las Ideologías*, Madrid: Espasa Calpe, 1986, Quinta Edición.

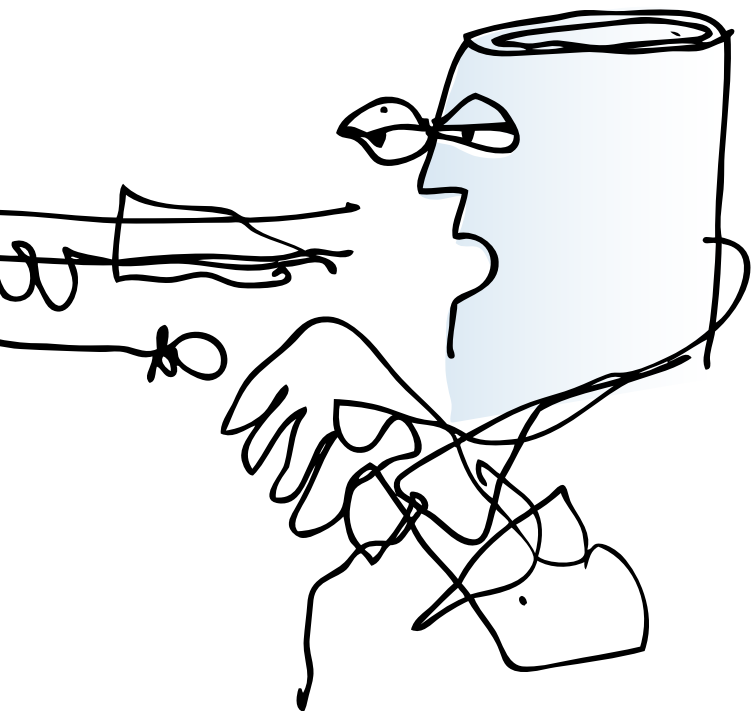
² Jesús Silva-Herzog Márquez, “La evasión ideológica”, *Reforma*, 13 de agosto de 2001.

Director de Formación de la Fundación Rafael Preciado Hernández.

³ Aún cuando las ideologías emergen como una respuesta moderna a la antigua cosmovisión teocéntrica, no podemos negar los intentos, en algunos casos, de revestirlas con ropajes religiosos o, peor aún, de interpretar algunas religiones en clave ideológica, o generar ideologías a partir de determinadas creencias sagradas. Un buen ejemplo de ello es la ideología yihadista en los musulmanes, el sionismo en los judíos, o la teología de la liberación en los católicos.

⁴ Véase una explicación del nacionalismo vasco en Jon Juaristi, *El bucle melancólico*, Madrid: Espasa, 2001.

⁵ Véase Samuel L. Popkin, *The Reasoning Voter*, Chicago: The University of Chicago Press, 1991.



dad al individuo. Ahí radica en buena medida su carácter seductor: “Es propio del ser humano instalarse en un mundo dado como en un hogar. Amaestra sus objetos y conceptos como a los animales domésticos. Lo fundamental es poder agarrarse de algo que le haga olvidar la soledad y transitoriedad. Para tal fin, la ideología le ofrece un mundo completo si está dispuesto a transigir. Este mundo es por supuesto artificial, pero lo salvaguarda del peor peligro que rodea al ser humano: la libertad”.⁶

Este mismo autor, premio Nobel de Literatura 2002, señaló que “el acontecimiento más grave y quizá no del todo valorado de nuestro siglo XX es que el lenguaje se contagió de las ideologías y se convirtió en algo sumamente peligroso”.⁷

⁶ Imre Kertész, *Un instante de silencio en el paredón. El holocausto como cultura*. Barcelona: Herder, 2002, p. 24.

⁷ Ídem, p. 16.

Las ideologías no son simples elucubraciones teóricas, sino que promueven una línea de acción social específica, así como modelos morales y de conducta perfectamente bien definidos. En muchos casos, incluso, sirven para legitimar acciones y decisiones proyectadas de antemano. En este sentido, adquieren el carácter de creencias, de lugares comunes recibidos y aceptados de los que el creyente no se hace cuestión. No obstante, suele ocurrir que la ideología ensalce lo óptimo y fustigue el bien posible y que promueva un estado de cosas utópico, un ideal absolutamente inalcanzable que en el camino se convierte en una suerte de dilema entre el todo o nada, que ciertamente cautiva, que electriza y embelesa a los pueblos, que genera lealtades absolutas, pero que a la larga no se traduce en felicidad sino en destrucción.

Los saldos de las ideologías omnicomprensivas tan en boga en el siglo XX están a la vista de to-

dos. Comunismo, socialismo, fascismo, liberalismo o nacionalismo buscaron forzar la realidad para imponerle su ideología y en el intento generaron campos de concentración, sofisticadas maquinarias de guerra y destrucción, terrorismo y millones de muertos. Las utopías ideológicas, tanto de izquierda como de derecha, dejaron un sendero de frustración y resentimiento y, además, no resolvieron los ideales de libertad, igualdad y fraternidad que tanto pregonaban.

Dos problemas contemporáneos

Hoy vivimos una situación interesantemente paradójica. Mientras que en algunas partes del mundo el ideologismo renace con particular fuerza, en otros la ideología ha cedido el paso a un escepticismo pragmático y absolutamente relativista.

Empecemos por el segundo fenómeno. Frente a las ideologías totalitarias, cuyas funestas consecuencias ya han sido comentadas,

se alzó a finales del siglo pasado el escepticismo pragmático. La modernidad en crisis generó la reacción posmoderna la cual, sin proponer realmente una agenda de cambio, postula una ruptura con el orden disciplinario y convencional de la modernidad, desconfiando de sistemas y de absolutos. Los individuos ya sólo quieren vivir el presente y el futuro, sobre todo el colectivo, pierde importancia. Frente a las ideologías absolutas y cerradas, la posmodernidad propone un pensamiento débil y deconstruido, en el que prácticamente todo tiene cabida.⁸

En este escenario, propio de las sociedades postindustriales,⁹ impera la apatía política. El ciudadano deja de ir a votar y, cada vez más desideologizado, considera que no existen grandes diferencias entre los principales partidos, y percibe una desconexión entre sus necesidades y demandas por un lado, y las ofertas e iniciativas de los políticos, por otro. Alternativas formas de participación social comienzan a cobrar relevancia, al margen de los partidos y las elecciones.

Colin Crouch, sociólogo británico, utiliza el concepto de posdemocracia para referirse a aquellas situaciones en las que el aburrimiento, la frustración y la desilusión han logrado arraigar tras un momento democrático, y los poderosos intereses de una minoría cuentan mucho más que los del conjunto de las personas corrientes a la hora de hacer que el sistema político las tenga en cuenta.¹⁰

⁸ Véase Giani Vattimo, *El pensamiento débil*, Santiago de Cuba: Ediciones Catedral, 1998.

⁹ Véase Ronald Inglehart, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2001.

¹⁰ Colin Crouch, *Posdemocracia*, Madrid: Taurus, 2004.

Las ideologías son, de esta forma, teorías autorreferenciadas y completas que explican y justifican todo cuanto existe y sucede. Se constituyen como fundamentos unívocos y modelos cerrados que se proclaman como verdaderos.

Es la época del desencanto, de la negación de la política, de la desilusión por el porvenir. El desvanecimiento de las ideas, reacción extrema a los paradigmas ideológicos antes vigentes, conduce a un secularismo crudo y a una ética acérrimamente individualista y hedonista en la que prácticamente todo vale, en la que no existe diferencia entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, entre lo bello y lo feo. Algunos autores, como Lipovetsky, incluso han considerado a los tiempos que nos toca vivir como la era del vacío.¹¹

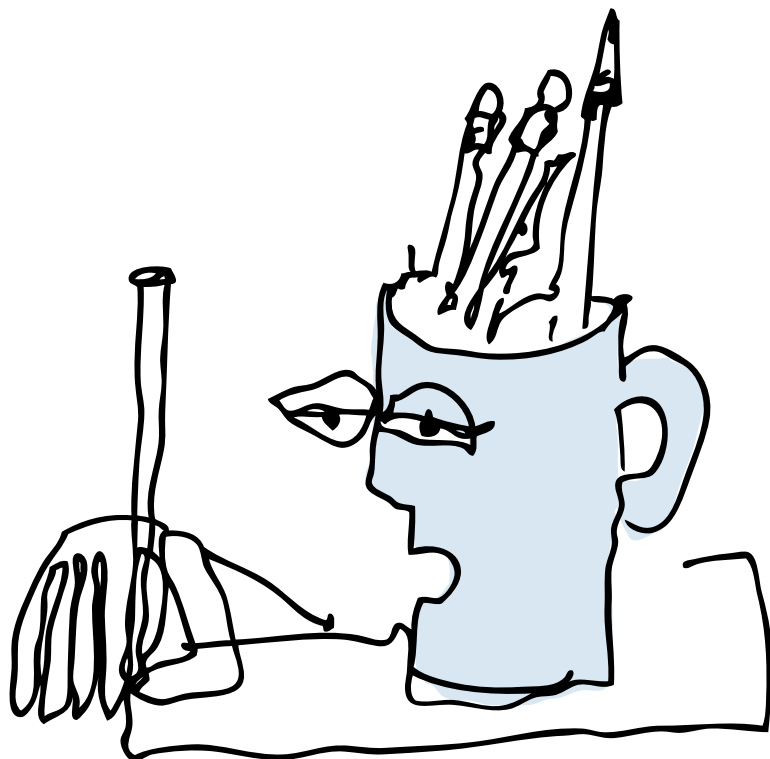
Desde una perspectiva humanista cristiana, este escenario no es, desde luego, una solución al problema de las ideologías. No se puede confrontar el ideologismo dogmático con un relativismo que en el fondo es igualmente opresor. Es imposible generar

una vida genuinamente democrática a partir de la negación de que la verdad existe, o de la noción pragmática de que todo está sujeto a lo que digan las mayorías. Dice Rodrigo Guerra: "La inteligencia requiere de categorías y de hábitos intelectuales para poder comprender. Las deficiencias de muchas ideologías no son argumentos para promover tácita o explícitamente el desencanto por la razón, por el pensamiento y aún por las propias ideologías políticas".¹²

Tenemos en este escepticismo pragmático e híbrido un primer punto de tensión y de preocupación desde una óptica humanista. El otro, situado en el extremo opuesto, es también motivo de desasosiego y consiste en el virulento retorno en diversas partes del mundo, y espe-

¹¹ Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Barcelona: Anagrama, 1998.

¹² Rodrigo Guerra López, *Como un gran movimiento*, México: Fundación Rafael Preciado Hernández, 2007, p. 25.



cificamente en nuestro continente hispanoamericano, de ideologías agresivas, utópicas y excluyentes.

Lo mismo el integrismo musulmán, el neoindigenismo racista, el socialismo del siglo XXI, el feminismo radical, el nuevo liberalismo fundamentalista, el laicismo intolerante, el nacionalismo etnista o el ecologismo panteísta se aprovechan del descontento generado por la anomia posmoderna y, sobre todo, de la profunda ignorancia que todavía subsiste en muchos rincones de este planeta, para proponer recetas simplistas, enarboladas por demagogos muchas veces disfrazados de técnicos o hasta de científicos.

Así pues, por un lado el escepticismo pragmático y, por otro, el neoideologismo virulento y retórico. En ninguno de los dos casos, sin embargo, la política está al servicio de las personas.

Una política al servicio de las personas

Es necesario, en el mundo de hoy, abrumado por los extremos ideológicos por un lado, y pragmáticos y relativistas, por otro, insistir en una noción de política al servicio de las personas. Efraín González Luna, célebre pensador mexicano, consideraba justamente que la política tiene que ser una “técnica de salvación” que permita superar un estado inferior para ascender a un estado superior, suprimiendo o mitigando subyugaciones.¹³

La política, en una visión humanista, tiene primacía desde el momento en que se constituye en el mecanismo para construir un orden social justo y al servicio de la persona a través de la acción de los ciudadanos que quieren organizar su vida temporal tomando en sus manos su propio destino común,

¹³ Efraín González Luna, *Humanismo Político*, México: EPESSA, 1998.

buscando soluciones que van más allá de las simplemente materiales. Decía Carlos Castillo Peraza que: “Cualquier política que parta de una concepción mutilada del ser humano acabará por ser adversaria al hombre, es decir, opresiva, injusta, contraria a la inteligencia, a la razón y a la libertad, y disolvente de la sociabilidad natural de la persona humana”.¹⁴

La noción de bien común permite entender a la política como una actividad de servicio a la persona. Pero ese servicio tiene que ser efectivo y para ello es necesaria una técnica que también esté al servicio del hombre. Todas las sociedades avanzadas exigen cada vez más en la práctica política un grado creciente de eficacia y especialización. Manuel Gómez Morin afirmaba que el espíritu apostólico sin técnica no basta sino que tiende a fracasar. La técnica, decía Gómez Morin, es la realización del conocimiento subordinado a un criterio moral, es la realización plena de la ciencia para servir a los seres humanos.¹⁵

La técnica se deriva del estudio, del razonamiento, de la ciencia, de la reflexión. De las ideas. Cuanto mayor es el desarrollo de un grupo humano, menor es la vigencia de las recetas simplistas de los demagogos y de las ideologías, y más importante es el recurso a las ideas acerca de lo que debe hacerse.

Las pugnas ideológicas, por su carácter limitado y pasional, son las menos propicias para el diálogo, tan necesario en la política.

¹⁴ Carlos Castillo Peraza, *El porvenir posible*, México: Fondo de Cultura Económica-Fundación Rafael Preciado Hernández, 2006, p. 181.

¹⁵ Manuel Gómez Morin, *1915 y otros ensayos*, México: Jus, 1978.

La noción de bien común permite entender a la política como una actividad de servicio a la persona. Pero ese servicio tiene que ser efectivo y para ello es necesaria una técnica que también esté al servicio del hombre. Todas las sociedades avanzadas exigen cada vez más en la práctica política un grado creciente de eficacia y especialización.

ca. Por ello es necesario apostar por las ideas. Y de éstas derivar un compromiso político claro y preciso. La acción política requiere convicciones, teleologías que le den rumbo y sentido. El activismo ciego no deja de ser hijo de una noción ideológica subyacente, que da todo por sentado y abomina, paradójicamente, de las ideas y de la constante reflexión.

Por eso, cuando se habla de centro político es imprescindible dotar este concepto de significado y de contenido. No hacerlo puede darnos elementos para suponer que el centro político es sencillamente el lugar geométrico en donde convergen todos los oportunismos o, en todo caso,

una simple táctica electoral para maximizar el número de votos suponiendo que ahí se encuentra la mayoría de los electores.¹⁶

Una política basada en la ética, perseguidora de la justicia, que esté basada en una recta concepción de la persona, que busque el bien común, y que haga un uso efectivo de la técnica, será una política al servicio del desarrollo humano integral, y estará eficazmente vinculada al progreso de los pueblos.

Hay que enfatizar que la política es una actividad eminente-

mente cultural, relacionada con el obrar y el hacer humanos, en tanto que en ella se manifiestan modos de pensar, nociones sobre lo que es bueno y lo que es malo, convicciones comunes acerca de lo que es valioso y lo que no lo es. A través de la política debemos también permear una cultura humanista, que coloque en el centro de nuestro actuar a la persona en toda su extensión.

De la política puede y debe esperarse, vuelvo a citar a Gómez Morin, que sea un instrumento para suprimir hasta donde sea posible los males que los hombres nos hacemos unos a otros, es decir, los males evitables.

Termino esta intervención citando nuevamente a Castillo Peraza. El ilustre filósofo y político mexicano veía la necesidad de que la política se deshiciera de las cargas ideológicas malas, porque tiene un germen claramente totalitario. "Hay que pugnar porque la política no sea el espacio desde el que se define lo que es el hombre, sino el lugar en el que todos los hombres reales puedan discutir acerca de su ser, sin matar ni matarse; en el que de algún modo compitan sin violencia las diversas definiciones posibles del ser del hombre, de la sociedad, de la nación, del Estado, del gobierno, del poder".¹⁷

Si trabajamos en ello, estaremos haciendo de la política una actividad al servicio de las personas o, como lo recuerda constantemente la doctrina social cristiana, la forma más acabada de la caridad social. **B**

¹⁶ Véase Ricardo Montoso, "Voto, ideología y centro político", *Bien Común*, No. 151, julio 2007.

¹⁷ Carlos Castillo Peraza, Op. Cit. p. 597.